

CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA NARRATIVA ARGENTINA DEL SIGLO XIX.

Javier ORDÍZ

Universidad de León

En los años que siguen a su independencia, las jóvenes repúblicas hispanoamericanas se enzarzan en un laberinto de luchas intestinas que convierten al continente en un vasto campo de batalla durante casi todo el siglo XIX. La causa última de estos conflictos ha de buscarse en el confuso panorama de unos países sin fronteras estables, carentes de un proyecto definido de organización política, y sin un claro concepto de identidad nacional. Bajo el estruendo cercano de las armas, los escritores del momento -con el propio Libertador a la cabeza- emprenden la difícil tarea de diseñar las bases culturales, sociales y políticas sobre las que habría de asentarse ese -ahora ya sí- nuevo mundo y de ofrecer al exterior una imagen de esas tierras alejada ya de las visiones netamente exterioristas y eurocentristas predominantes hasta la fecha.

Los proyectos de futuro que se perfilan en esta época convulsa son, en su mayoría, de confusa orientación ideológica y sus planteamientos de fondo suelen debatirse entre la atención, e incluso el culto, a las señas más específicamente identificadoras del continente, y el intento de aclimatar los moldes de cultura y civilización europeos, con el consiguiente menosprecio de lo autóctono. El doble movimiento de la cultura hispanoamericana hacia el autoanálisis (*centrípeto*) o la imitación foránea (*centrífugo*)¹ comienza a perfilarse ya con claridad a partir de estos momentos.

El debate entre estos dos modelos cobra una especial virulencia en la Argentina del siglo XIX desde la época presidencial de Rivadavia (1826-1827), y se polariza en el enfrentamiento abierto entre el partido unitario, claramente europeísta y nutrido de militantes y simpatizantes procedentes de las ciudades y en particular de Buenos Aires, y el federal, que rechazaba el europeísmo de sus contrincantes y hallaba su mayor número de adeptos en las provincias del interior. En realidad, el conflicto entre federales y unitarios se convierte desde el primer momento en un problema de hondo significado, que va mucho más allá del mero debate político: es el choque frontal entre dos caras irreconciliables de un mismo país, entre dos áreas geográficas, e incluso entre dos épocas históricas diferentes. La llegada al poder de Juan Manuel de Rosas, que ocupa el cargo de Gobernador de Buenos Aires entre 1829 y 1852 con una breve interrupción de tres años, supone el triunfo del partido federal y por consiguiente un duro revés para

¹ Extraigo estos términos de la obra de Fernando Aínsa *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid, Gredos, 1986.

los unitarios europeístas, imbuídos de la ideología del Romanticismo del otro lado del Atlántico. Rosas consigue una alianza con los caudillos del interior que proporciona a la República una estabilidad desconocida hasta la fecha, pero es implacable con sus enemigos políticos: sus cuerpos represivos, en especial la temida *mazorca*, persiguen sin tregua a los que el gobierno pronto identifica como *salvajes unitarios*, quienes se ven obligados a exiliarse de forma masiva en el vecino Montevideo. Desde allá, los jóvenes opositores, agrupados en su mayoría en torno a la "Asociación de Mayo", lanzan duras proclamas y feroces acusaciones contra el gobierno de Buenos Aires, pero a su vez en las páginas de sus escritos encontramos las primeras preguntas y reflexiones que se hace sobre sí misma una joven nación que nace al mundo sin apenas pasado. Los modelos antes mencionados y los términos de la pugna partidista, se cifran entonces en las connotaciones opuestas de una dicotomía que para ellos resume a la perfección la historia reciente y el momento presente de la Argentina: *Civilización y Barbarie*.

Facundo (1845), de Domingo Faustino Sarmiento, supone el primer jalón en la discusión teórica de este conflicto. Su autor destaca al comienzo de la obra la existencia en su país de dos áreas perfectamente delimitadas que albergan diferentes modos de vida y pensamiento: de un lado las regiones del interior, poco pobladas y de difícil acceso, dominio de indios atrasados y gauchos violentos, que viven aferradas a tradiciones y sistemas de gobierno heredados de la colonia, y por otra parte las ciudades, y en particular Buenos Aires, reductos de una clase instruida en la cultura y la vida europeas, que rechaza en bloque el pasado colonial. El escritor sanjuanino interpreta los avatares de la historia de Argentina como el resultado de la lucha feroz que han librado ambas fuerzas, y ve en el caudillo riojano Juan Facundo Quiroga el ejemplo más acabado de una barbarie que, conjugando la violencia del gaucho y la arrogancia del caudillo, se ha enfrentado al orden, la cultura y la *civilización* de la ciudad. En un planteamiento más próximo del positivismo finisecular que del momento en que escribe, Sarmiento no hace responsable a su personaje de sus acciones y su carácter, sino al medio y a la *herencia*:

Facundo, expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fue, no por accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos a su voluntad².

El poco esclarecido asesinato de Facundo en Barranca Yaco favorece el acceso al poder del general Juan Manuel de Rosas quien, en palabras de Sarmiento, "clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho, y destruye

² Sarmiento, Domingo Faustino: *Facundo*. Madrid, Cátedra, 1986 (ed. de Roberto Yahni), p.48.

la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad" (p.105).

El planteamiento netamente maniqueo y sin matices que establece Sarmiento abre el conflicto a nuevas dimensiones: la *civilización* se convierte en las páginas del argentino en una verdadera *utopía*, en el mundo ideal que se ha de conseguir en el futuro tras la derrota de las fuerzas *bárbaras* que asolan el presente. Los diferentes componentes semánticos que implica el enfrentamiento pueden quedar resumidos en el siguiente esquema:

CIVILIZACION	<ul style="list-style-type: none"> - europeísmo - cosmopolitismo - cultura, ilustración - hombre de ciudad 	BARBARIE	<ul style="list-style-type: none"> - americanismo - nacionalismo - ignorancia, atraso - gaucho, indio, hombre de campo
	<ul style="list-style-type: none"> - presente y futuro= Europa - unitarios - los exiliados y la Asociación de Mayo - EL BIEN (la utopía) 		<ul style="list-style-type: none"> - pasado=España - federales - Rosas - EL MAL (la topía)

Sarmiento inaugura una senda por la que transitarán en el futuro una legión de escritores de toda Iberoamérica, que verán en los términos de esta dicotomía la sinopsis de numerosos conflictos del continente. El reflejo inmediato de esta ideología de los jóvenes antirrosistas se encuentra en la literatura romántica argentina, toda ella teñida de un inconfundible tono político y combativo contra la dictadura. Se destacan de manera primordial dos relatos que coinciden por completo con las tesis sarmientinas: *El matadero*, narración breve que Esteban Echeverría escribió entre 1839 y 1840, aunque no se publicó hasta 1871, y *Amalia* de José Mármol, novela aparecida en 1855.

Por su fecha de elaboración se deduce fácilmente que Echeverría no podía conocer el *Facundo* cuando elaboró su relato; sin embargo, sus planteamientos se encuentran en total sintonía con los de Sarmiento, lo cual nos da idea de la total homogeneidad que existía entre esta joven generación argentina en su diagnóstico sobre el estado del país. En el cuento, un matadero situado en las afueras de la capital funciona a modo de microcosmos que ejemplifica el ambiente del Buenos Aires rosista. La barbarie y la incultura anidan en el comportamiento salvaje y sanguinario de los trabajadores y la población que rodean el lugar, que acaban siendo responsables directos de la muerte de un transeúnte ocasional, joven culto y distinguido a quien se identifica con posiciones unitarias. La clave de la interpretación alegórica de la acción la ofrece el propio autor en sus líneas finales:

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje ni ladrón; a todo hombre de corazón bien puesto; a todo patriota ilustrado, amigo de las luces y la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero³.

Por su parte, José Mármol utiliza la romántica y estereotipada historia de amor entre Eduardo Belgrano y la joven Amalia como telón de fondo para una presentación del régimen de Rosas en estrecha afinidad con el pensamiento sarmientino. El mundo de la novela se encuentra nítidamente definido en torno a las dos esferas que se confrontan en *Facundo*, que en este caso se proyectan incluso en la propia caracterización externa de los personajes: mientras en la fisonomía del protagonista, Daniel Bello, como nos dice el narrador "estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma"⁴, las filas rosistas se nutren de personajes como Mariano Maza "de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio" (p.656), o el propio dictador, que muestra placer al estrechar una mano manchada con sangre de unitarios (p.126). Mármol también coincide con Sarmiento a la hora de atribuir el origen del problema al "pueblo semisalvaje de las florestas" alzado "contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador" (p.561), que ha facilitado la llegada al poder de un gobierno que "da al gaucho, a sus ideas y a sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense" (p.562).

Sarmiento, Echeverría y Mármol son los máximos representantes del pensamiento político-social del romanticismo argentino. Su ideología se opone en bloque el pasado y hace gala de un elitismo que rechaza tanto a la chusma inculta de las ciudades como al indio y al gaucho de los territorios del interior. Las palabras de Sarmiento son inequívocas en este sentido: "Los pueblos en su infancia son unos niños que nada prevén, que nada conocen, y es preciso que los hombres de alta previsión y de alta comprensión les sirvan de padre" (*Facundo*, p.206). La misma idea aparece avalada en la siguiente exclamación de Mármol: "¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustración ajena, pudiera a la vez ser bastante civilizado

³ Echeverría, Esteban: *El matadero. La cautiva*. Madrid, Cátedra, 1986 (ed. de Leonor Fleming), p.114.

⁴ Mármol, José: *Amalia*. Madrid, Editora Nacional, 1984 (ed. de Teodosio Fernández), p.92.

para darse lo más difícil de la existencia pública: su legislatura y sus principios de gobierno!" (*Amalia*, 536). Los planes de futuro que diseñan los jóvenes románticos argentinos son también básicamente coincidentes: la tarea prioritaria del país ha de ser potenciar la *civilización*, y ello es posible mediante una política que favorezca las comunicaciones con el interior, mejore las infraestructuras terrestres, aproveche la navegabilidad de los ríos, y atraiga inmigración europea que desaloje o *edúque* a gauchos e indios. El optimismo en el positivo efecto contaminante de la *civilización* europea sobre la *barbarie* americana es total y enmascara un sentimiento racista que en ocasiones se convierte en abierto y declarado; leamos sino de nuevo a Sarmiento: "Creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización⁵.

Un nuevo término ha de unirse por tanto a aquéllos que conformaban el campo semántico de la *civilización*: se trata de la *inmigración europea*, que traerá a la Argentina los aires de progreso y cultura de los admirados países del viejo continente.

La derrota en 1852 del general Rosas en la batalla de Caseros supone el anhelado retorno de los liberales y la puesta en marcha de la reforma. Aquéllos que desde el exilio interior o exterior habían denunciado durante décadas los métodos sangrientos del tirano, no se van a quedar ahora atrás en la labor de represión del antiguo aparato rosista y sus partidarios. Pronto se advierte también que las cosas no van a ser tan fáciles como los opositores al dictador se prometían: rota la cohesión interna conseguida por el régimen anterior, se encienden numerosos focos de conflicto que convierten a Argentina en un continuo campo de batalla; la oposición entre Buenos Aires y el interior conduce a la secesión de la capital entre 1852 y 1860. En medio de estos problemas, se va abriendo camino tímidamente la reforma liberal inspirada en la ideología de Sarmiento: se lanzan campañas para favorecer la inmigración y se intenta mejorar las comunicaciones con el interior. Son malos años para el indígena y para el gaucho, símbolos del atraso y la reacción, que son acosados y discriminados. En carta a Mitre fechada el 20 de Septiembre de 1861, el autor de *Facundo* ofrece los siguientes consejos militares: "No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos"⁶.

Los escritores de la época también se hacen eco de esta nueva situación, y la poesía gauchesca en particular refleja unas posiciones ideológicas

⁵ Cit. por Norman P. Sacks: "Lastarría y Sarmiento: el chileno y el argentino achilenado". *Revista Iberoamericana*, 143 (Abril-Junio 1988), p.507.

⁶ Cit. por John B. Hughes: *Arte y sentido de "Martín Fierro"*. Madrid, Castalia, 1970, p.17.

radicalmente diferentes a las que habían mantenido los novelistas románticos. José Hernández, autor del *Martín Fierro* (1872) critica desde las páginas del diario *La Nación* las leyes que permiten la leva forzosa del gaucha y censura con acritud la actitud despreciativa del *civilizado* hombre de la ciudad hacia el habitante de las zonas rurales:

Cuando ven al hombre de nuestros campos,
al modesto agricultor, envuelto en su manta
de lana o con un poncho a la espalda, les
parece que ven al indio de nuestras
Pampas, a quien se creen autorizados para
tratar con la misma dureza e injusticia que
los conquistadores empleaban con los
primitivos habitantes de la América⁷.

En algunos pasajes del poema, Fierro expresa su nostalgia por un pasado en el que el gaucha vivía tranquilo y feliz:

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer
era una delicia el ver
cómo pasaban los días (vs.133-138).

En el momento presente, por el contrario, y como denuncia Vizcacha "el gaucha no es argentino/sino pa hacerlo matar" (vs.3869-3870).

En las últimas décadas del siglo XIX llegan a Hispanoamérica las obras de los principales novelistas del realismo- naturalismo europeo de la mano de la ola positivista que comienza a invadir el continente. Las estrechas relaciones que por entonces mantenía Argentina con Francia, donde esta estética consiguió probablemente sus logros más notables, y la necesidad de los intelectuales de dejar constancia de los problemas y amenazas de una sociedad en vigoroso cambio, favorecen la adopción de esta perspectiva que, lejos de la subjetividad y combatividad de la novela romántica, pretende ser un análisis frío y objetivo de los problemas inmediatos con una indudable intención didáctica y correctora. Así lo manifiesta Eugenio Cambaceres en el prólogo de su novela *Pot-pourri*: "Pienso con los sectarios de la escuela realista que la exhibición sencilla de las lacras que corrompen el organismo social es el reactivo más enérgico que contra ellas puede emplearse"⁸. La novela se convierte en ciertos casos en una especie de

⁷ Cit. por Luis Sáinz de Medrano: "Introducción" a José Hernández: *Martín Fierro*. Madrid, Cátedra, 1987, p.107.

⁸ Cambaceres, Eugenio: *Pot-pourri*. En *Obras completas*. Santa Fe, Editorial Castellví, p.15.

laboratorio en que, al modo naturalista, los personajes son seres sin voluntad ni libre albedrío, y se hallan determinados en su carácter y sus acciones por las leyes de la herencia y el medio ambiente. El código expresivo de la escuela zoliana, basado en la delectación morbosa en la descripción de personajes o sucesos desagradables -el conocido *feísmo* naturalista-, y el seguimiento de casos patológicos centrados en personajes marginales -la prostituta o el demente-, cobran carta de naturaleza en la novela argentina de finales del siglo XIX. Sus cultivadores se aglutinan en el seno de la "Generación del 80", llamada así por la importancia histórica de esa fecha, que supuso la consolidación definitiva de Buenos Aires como capital de la República. Los miembros de esta nueva generación coinciden con sus antecesores de la *Asociación de Mayo* en su extracción social altoburguesa, su admiración por la cultura y la moda europeas, y un ideal político basado en el gobierno de la *élite*. En las páginas de sus ensayos y novelas desarrollan de nuevo el conflicto entre *civilización* y *barbarie*, pero con ciertas diferencias de matiz frente a los términos en que este debate se había desarrollado en anteriores décadas; la *barbarie* reside ahora en una población inculta, sin capacidad para discernir ni pensar por su cuenta, presa fácil de políticos demagogos, y que ya no habita necesariamente en el interior. De hecho, la Pampa, enemiga de Sarmiento por su vacío cultural, es vista ya en algunos casos como un oasis de pureza alejado de la vorágine y la corrupción que anidan en la ciudad. Tampoco Europa será ya el albergue exclusivo de la *civilización*, como se desprende del tratamiento literario que recibe el inmigrante, aspecto en el que quizá se produzca el mayor distanciamiento entre esta generación y la anterior.

El propio Sarmiento, otrora defensor acérrimo de la presencia europea en Argentina, es también de los primeros en alzar la voz de alarma sobre los peligros de determinado tipo de inmigración. En su ensayo de 1883 *Conflictos y armonías de las razas de América*, el escritor reconoce que la política llevada a cabo en este sentido no ha traído consigo los resultados esperados. La mano de obra extranjera, en lugar de aportar la anhelada *civilización* al país, ha propiciado un conglomerado de etnias que no se han asimilado a la vida de la República. Las críticas más ácidas recaen en los italianos, la comunidad más numerosa que, en opinión de Sarmiento, ha formado un grupo aislado del resto del país que ha continuado con sus propias costumbres e idioma. El profundo desencanto de Sarmiento procede de la constatación del fracaso de su utopía; frente al modelo inmediato que para él suponían los Estados Unidos, a Argentina sólo llegaban gentes "sin ideas de gobierno ni otros propósitos que buscar dinero por todos los caminos"⁹. El riesgo es claro para el futuro, puesto que, de proseguir esta tendencia, advierte el autor de *Facundo*, en pocos años "tendríamos una

⁹ Cit. por Leonardo Senkman: "Sarmiento y la cuestión étnica". *Río de la Plata*, 8, (1989), p.53.

república de extranjeros, con una pequeña minoría de nacionales para servirlos"¹⁰.

El despecho sarmientino por el fracaso de sus ideales se torna en las páginas de varios de los componentes de la Generación del 80 en una violenta diatriba xenófoba, nacida también de la oposición de estos jóvenes clasistas hacia la nueva burguesía, nutrida principalmente por inmigrantes, que intentaba acceder a sus círculos exclusivos y paulatinamente iba adquiriendo mayores parcelas de poder. En esta línea, novelistas como Cambaceres Argerich o Martel, hacen uso en sus relatos de técnicas naturalistas con el fin de *demostrar* la influencia nefasta que esos advenedizos están teniendo en el desarrollo del país y los serios riegos de futuro.

En la sangre (1887) de Eugenio Cambaceres, es la novela emblemática del naturalismo hispanoamericano y una de las que recoge con mayor claridad los temas mencionados. El protagonista, de nombre Genaro, es hijo de italianos, y, partiendo de la nada, llega a encumbrarse a lo más alto de la sociedad argentina por medio de sucias artimañas y una total ausencia de escrúpulos. Todos los elementos del relato se hallan dispuestos para *probar* una tesis que presenta una doble vertiente: por un lado, la hipótesis *naturalista* en su dimensión individual, que pretende *demostrar* que el carácter de Genaro es un producto fatal de la herencia genética y del medio en que se ha educado y, por otro lado, la dimensión simbólica del relato, donde se muestran en un plano más genérico los efectos negativos de la inmigración descontrolada. En el primer caso, Cambaceres recalca con claridad el proceso a través de una exposición que sigue muy de cerca las pautas zolianas; de esta forma, en las primeras páginas el narrador describe a los padres de Genaro, resume la sórdida infancia de éste y analiza el estado en que llega a su adolescencia:

Víctima de las sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera transmitido, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto explosión en su alma¹¹.

En la personalidad de Genaro no hay un sólo ápice de sentimiento: sólo piensa en el modo de *trepar*, de enriquecerse fácilmente, para lo cual urde planes mezquinos como el engaño y seducción de la rica heredera Máxima, con quien consigue contraer matrimonio. Igual que había hecho Sarmiento con Facundo Quiroga, Cambaceres exculpa en todo momento a su personaje,

¹⁰ Cit. por María Eugenia Tonello: "Algunas reflexiones críticas de Sarmiento sobre el tema de la inmigración (1880- 1888)". *Ibid.*, p.63.

¹¹ Cambaceres, Eugenio: *En la sangre*. Madrid, Editora Nacional, 1984 (ed. de Claude Cymerman), p.103.

mero producto de una herencia y una educación:

Y si tal había nacido, si así lo habían fabricado y echado al mundo sus padres ¿era él responsable, tenía él la culpa por ventura? No, como no la tenían las víboras de que fuese venenoso su colmillo (p.236).

La historia de Genaro y su relación con Máxima es también una alegoría de las relaciones entre el país y la inmigración, marcadas por el engaño, el maltrato y hasta la humillación a que ésta somete a la patria. El final de la novela es muy significativo y expresa con claridad el desasosiego que embarga a la joven generación argentina ante esta situación: Genaro, en el punto más bajo de su dimensión humana, agrede cobardemente a Máxima y le dirige estas palabras: "te he de matar un día de estos, si te descuidás" (p.239).

El rechazo a la "inmigración inferior" es también tema central en *¿Inocentes o culpables?* (1884) de Antonio Argerich. La historia de José Dagiore, también hijo de italianos, tiene numerosos puntos de contacto con la de Genaro; este personaje aparece asimismo caracterizado como un ser sin voluntad ni posibilidad de elegir su destino, y totalmente predeterminado por los genes de unos antepasados que "no habían ejercitado sus cerebros en muchas generaciones y por tanto, no podían transmitir ninguna buena disposición para el franco vuelo del pensamiento"¹². La lectura *contextual* del relato nos lleva a las mismas conclusiones que la novela de Cambaceres: nada bueno se puede esperar de la llegada indiscriminada a la Argentina de estos "cerebros atrofiados" que van a transmitir su negativa carga constitucional a toda su descendencia, con el grave riesgo que ello supone para las generaciones futuras: la *barbarie*, que antes anidaba exclusivamente en el interior, llega ahora del exterior, de esa Europa, o al menos parte de ella, que antes se consideraba como la panacea de la *civilización*. Para Argerich, y para muchos de sus compañeros de generación, sólo será posible construir un país próspero y en verdadera democracia cuando el pueblo esté realmente *educado*, situación imposible en tanto sigan llegando a las costas argentinas estos inmigrantes que portan como un virus contagioso la semilla de la *barbarie*. La fórmula que proponen estos jóvenes intelectuales para solucionar esta situación parece un siniestro antecedente de las tesis del nazismo: una rigurosa "selección del hombre argentino" que impida "que surjan poblaciones formadas con los rezagos fisiológicos de la vieja Europa" (p.14).

Un nuevo ejemplo de este pensamiento lo encontramos en *La Bolsa* (1891) de Julián Martel, que refleja el desencanto de la sociedad de su país

¹² Argerich, Antonio: *¿Inocentes o culpables?*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p.243.

tras el desastre financiero del año 90, que dió al traste con todos los espejismos de prosperidad y desarrollo económico vigentes en la época anterior. En las páginas de *La Bolsa* comparece la opulenta y snob sociedad porteña, que vive sólo para las apariencias, y sobre todo se hace continua alusión a la masa de inmigrantes a quienes se responsabiliza de la caótica situación económica del momento y se hace depositarios de todos los males que aquejan a la sociedad: afán de enriquecimiento rápido, falta de escrúpulos e indiferencia sobre la forma de gobierno; las mismas acusaciones que una década atrás había lanzado Sarmiento. Si en las novelas anteriores los ataques se habían centrado con exclusividad en el inmigrante italiano, en *La Bolsa* casi ninguna etnia se salva de la dura arremetida del autor, si bien éste proyecta una saña especial contra los judíos que, a su juicio, sólo pretenden hacerse dueños del control financiero del país; "asociarse con ellos -dice el narrador- es ir contra la Patria, contra la raza, contra todo lo que hay de bueno y honrado en el mundo"¹³. En otro momento los describe como "vampiros de la sociedad moderna" cuyo oficio es "chuparle la sangre" (p.124). Los extremados tintes xenófobos de la obra de Martel llegan a reflejar al inmigrante como una verdadera escoria humana, unos verdaderos "parásitos de nuestra riqueza" (p.8) que están escalando puestos en la sociedad de Buenos Aires. La novela tiene un tono básicamente digresivo, y el narrador adopta el papel de guía comprometido que, bien por intervención directa o por medio de sus personajes, va exponiendo sus puntos de vista sobre la realidad del país y apuntando posibles soluciones; entre otras, en total consonancia con Cambaceres y Argerich, se encuentra la necesaria selección de una masa de inmigración que en la actualidad esté llevando al país al desastre y a la ruina. En este trágico sentido de advertencia se cifra el sesgo naturalista de *La Bolsa*, donde la idea del determinismo genético preside la acción y las tesis que desarrolla.

La dicotomía *civilización y barbarie* tiene muchas más ramificaciones al margen de las que aquí han quedado expuestas, que trascienden los límites de la República Argentina y traspasan las fronteras del siglo XIX, hasta convertirse en tema de debate permanente en la literatura de un continente que, a los 500 de la llegada del hombre europeo, aún sigue sin definir sus señas de identidad.

¹³ Martel, Julián: *La Bolsa*. Buenos Aires, Estrada, 1946, p.118.